

Acevedo Hernández y Radrigán

La directora de teatro Berta Quiroga me señalaba, hace algún tiempo, que Juan Radrigán le parecía el demotécnico más viril en el sentido fuerte y noble del término de Acevedo Hernández, cierto juicio que estrecha en parentesco a estos dos hombres separados generacionalmente, pero unidos en la misma preocupación vital. En ambos, en efecto, es muy notoria la veracidad con que presentan a su pueblo, compungidos por su suerte y destino, como también el desgarró con que escriben sus obras, más cercanas a la sangre y a las vísceras que al intelecto. Teatro comprometido, podrá pensarse, pero no en su aspecto panfletario y obvio, sino más bien en la obligación de todo artista de mostrar su contexto his-



Juan Radrigán: una generosa herencia.

tórico, sin elidirlo o disfrazarlo. Así ha ocurrido con los grandes de todas las épocas, que, aun sin proponérselo, nos han dejado admirables pinturas de las sociedades en que les tocó vivir. Indagar en las almas, dice Sábato, lo que permite conocer sus conflictos con la realidad objetiva, agregando que esto debe hacerse con todo el cuerpo, con los sentimientos, las angustias, y hasta los sudores. En caso contrario se obtendrá más que un resultado insípido, frío, distanciado, como el infernal de un cineasta.

En Acevedo Hernández y en Radrigán son visibles, además, sus participaciones. El espectador intuye que detrás de los personajes está el autor interviniendo en el juego, oculto, manifestando a voces, impregnando a sus seres ficticios de sus propios deseos, jamás ajeno al conflicto que se desarrolla en esos momentos. Todos los creadores verdaderos han hecho lo mismo, han sufrido su plazo sin limitarse a observar lo que ocurre a su alrededor, porque un trazo nunca ha sido el sitio preciso para interiorizarse de nada.

Otra similitud entre Acevedo Hernández y Radrigán radica en el hecho de que ambos colocan al hombre en una situación de desamparo, de desvalidez, agobiado por fuerzas que no maneja ni controla, pero que le aplastan y destruyen. Sin embargo, en el fondo de esos seres subyace una secreta esperanza, el deseo de un mundo mejor y, sobre todo, cierta limpieza esencial que les pone a salvo y los redime. Detrás de la brutalidad de "Las Brutas", por ejemplo, se esconde una ternura que resulta doblemente dolorosa por tratarse de mujeres ya viejas y derrotadas, como esas mandíbulas de que habla Dostoiévski y que él sorprendió aliándose el gesto con una ridícula de niñas. Y aunque Acevedo Hernández parece más impeturoso y tonto que Radrigán, también se com-

de provocar atmósferas que se llenen de sombras cogedoras poesía.

Llegar a este tipo de teatro requiere, lógicamente, de un conocimiento profundo que no se adquiere a través de una visión literaria, sino que se nutre de un contacto directo. Implica haberse ensuciado con esa realidad que se describe, lo que ocurre tanto en el caso de Acevedo Hernández como en el de Radrigán. Las reacciones del público y de la crítica fueron, sin embargo, distintas. Acevedo Hernández surgió en los momentos en que el teatro chileno no se apartaba de las reglas comunes a la media española, jocosa, evasiva e intrascendente. Su virulencia, por supuesto, no agradó, por las mismas razones que chocaría el tremendismo de Pablo de Rokha. Radrigán, en cambio, aparece cuando los conjuntos universitarios y profesionales -posteriores a los años 40- habían cumplido ciclos y etapas y después de la saturación provocada por algunas erupciones terminaron lastimados con su eterna sátira o una burguesía que, paradójicamente, iba a ver esas obras para reírse de sí misma.

Radrigán, entonces, rompe con un hábito nuevo que rompe los esquemas que venían planteándose respecto de un teatro "social", por usar una palabra más o menos apropiada. Sorprendió, además, que no cediera a las tentaciones fáciles que podrían llevarlo a una elocuencia en serie. Nada más sencillo habría sido aprovechar su impacto produciendo piezas mixtas donde el toque personal y auténtico se une al detalle concienzudo. Por fortuna, eso no ha sucedido y, lo que dopo importarnos más, gravita en el desenvolvimiento de la actividad escénica propuesta, a la que se halla ligado y que recibe este generoso aporte, indispensable para su definitivo despliegue y desarrollo.

Pacián Martínez E.

Acevedo Hernández y Radrigán [artículo] Pacián Martínez E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez Elissetche, Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Acevedo Hernández y Radrigán [artículo] Pacián Martínez E. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)